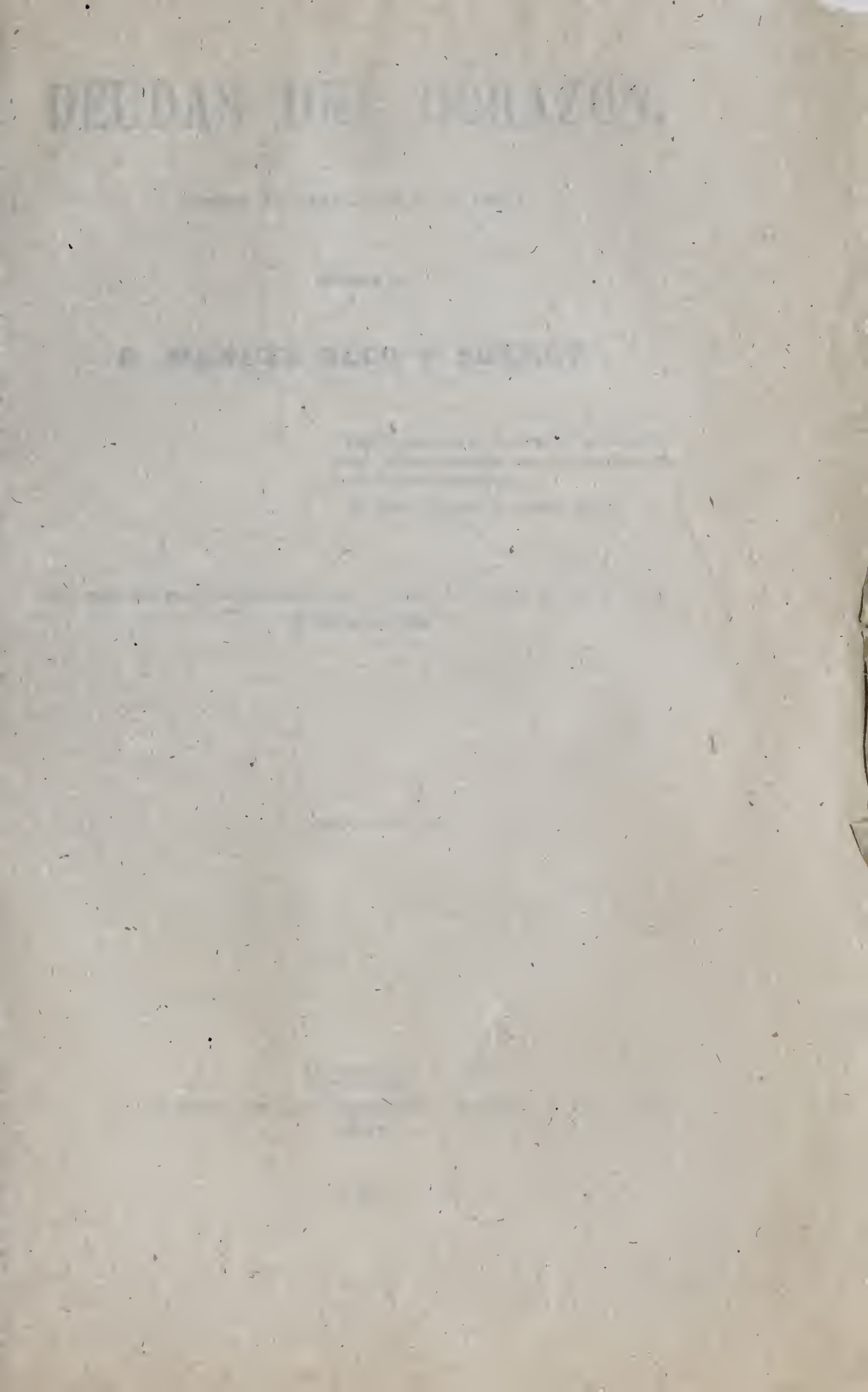




DEUDAS DEL CORAZON,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. MANUEL SECO Y SHELLY.

> Todos tenemos en el alma el gérmen del bien; felices aquellos que lo emplean en favor de sus semejantes.
>
> *E. Perez Escrich.* (LA ESPOSA MARTIR.)

Estrenada con extraordinario éxito en el teatro de Vitoria la noche del 11 de Mayo de 1866.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

6

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE	DOÑA CONCEPCION MARIN.
ENRIQUETA	DOÑA DOLORES CARCELLER.
JERÓNIMO	DON JOSÉ FIDEL.
FEDERICO	DON ÁNGEL MEDEL.
RICARDO	DON ANTONIO JUNCOS.
DON GERVASIO	DON DONATO JIMENEZ.
UN CRIADO	DON JOSÉ GONZALEZ.

La escena en Madrid y en nuestros dias: el primer acto en casa de Matilde y los restantes en la de Enriqueta.

ACTO PRIMERO.

Sala en una boardilla pobremente amueblada; puerta al fondo y laterales; á la derecha y en segundo término una ventana.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE y JERÓNIMO.

JERÓN. Haces muy bien, esposa mia; tu conducta te valdrá los aplausos de nuestros amigos, de nuestros honrados vecinos, pero Enriqueta no te oirá nunca.

MAT. Ah! no digas eso, Jerónimo; Enriqueta tiene muy buen corazon, la conozco demasiado.

JERÓN. Sí, no lo dudo, pero su posicion en el mundo es muy distinta de la nuestra. Su padre es muy rico...

MAT. Lo sé, Jerónimo, lo sé!

JERÓN. Entonces ¿á qué ha venido ese empeño que has mostrado en escribirla? ¿No sabes de antemano cuál ha de ser su contestacion?

MAT. No la creas mala ni altiva. Cuando mi pobre padre me dejó sola en el colegio, Enriqueta fué mi primera amiga, la que consoló todos mis pesares, la que enjugó mis lágrimas, y cuando salí de aquel hospitalario asilo para unirme á tí, para ser feliz á tu lado, sus palabras

de despedida fueron aun mas tiernas que sus consuelos. «Matilde, me dijo, yo soy rica, inmensamente rica; tú eres muy pobre, pero si algun dia necesitas de mí, si te hacen falta mis riquezas, pídemelas sin cuidado ninguno, que las pondré á tu disposicion.»

JERÓN. Niñadas, Matilde, niñadas. Enriqueta tendria entonces quince ó diez y seis años, y á esa edad...

MAT. Á esa edad lo que se promete no se olvida tan fácilmente.

JERÓN. Eso te sucederá á tí, que eres buena, muy buena; pero apuesto á que Enriqueta ha roto tu carta y no te hace caso.

MAT. Oh! no, me dice el corazon que antes de mucho vendrá á verme.

JERÓN. Ay! cuán engañada vives, Matilde.

MAT. Por qué? porque tengo fé en el corazon? porque creo en la amistad?

JERÓN. Por eso mismo. Esos valores no se cotizan hoy en las bolsas públicas.

MAT. Pero los cotizan los corazones sanos, los que creen en Dios y le temen.

JERÓN. Mucho me alegraré que tu amiga tenga aun las mismas ideas que sustentaba en el colegio, pero como dice el refran: «Fíate en la Vírgen y no corras,» me voy un rato por el ministerio á ver si consigo algo. (Cogiendo el sombrero.)

MAT. Tardarás?

JERÓN. No, en un momento voy y vuelvo. Hasta luego, Matilde mia, y ojalá acierte tu corazon.

MAT. Asi lo espero, adios. (Jerónimo sale por el fondo.)

ESCENA II.

MATILDE.

Pobre Jerónimo! siempre haciendo antesala en los ministerios para poder dar un pedazo de pan á su hija,

siempre arrastrándose ante los diputados para conseguir un pobre empleo; y todo por mí, por su pequeña Carolina. Si Enriqueta atiende mis ruegos, si es tan buena como lo era en el colegio, Jerónimo conseguirá lo que desea, y aun seremos mas felices porque tendremos la subsistencia asegurada. Aquí tengo una copia de la carta que la he escrito. Estoy segura que ha llorado al leerla. Es tan sensible! (Leyendo.) «Mi querida »amiga; ¿te acuerdas del colegio donde tranquilamente »se deslizaron los dias de nuestra niñez? ¿Te acuerdas »de aquellas horas de paz y de ventura que tan pronto »pasaron?»—No las ha de recordar! Nuestras inclinaciones eran las mismas, y acordándome yo...—«¿Recuerdas »cuán felices éramos? Tú, Enriqueta, no puedes haber »olvidado nada de esto, y por eso hoy que me encuen»tro cerca de tí, hoy que vives ya en Madrid al lado de »tu buen padre, me atrevo á escribirte para que sepas »que tu buena amiga de colegio, la que tú llamabas tu »mejor amiga, no tiene un pedazo de pan para llevar á »la boca, no posee...»—Ah! quién viene? (Guarda precipitadamente la carta.)

ESCENA III.

MATILDE, FEDERICO, por el fondo.

MAT. Hola! es usted, señor de Martinez?

FEDER. Sí, yo soy, amable vecina, que vengo á hacerla á usted un rato de compañia.

MAT. Cuánto me alegro! Siéntese usted, mi esposo ha salido, pero no tardará mucho.

FEDER. Gracias. Matilde, ¿á qué se incomoda usted?

MAT. Incomodarme! nada de eso.

FEDER. Oh! cuán buena es usted! (Ap.) Pobres gentes! viven en la misma miseria que yo, y sin embargo son tan felices...

MAT. Se trabaja mucho, señor periodista?

FEDER. Ay, Matilde, no me hable usted de eso; ayer me han despedido de la redaccion.

MAT. Cómo!

FEDER. Sí, me dijo el director que no le servia para nada, y que con el sueldo que me entregaba concluia mi contrato.

MAT. Crea usted que lo siento con toda mi alma. Yo no sé por qué le aprecio á usted mucho y me parece que he adivinado el motivo...

FEDER. Piensa usted?...

MAT. Pienso una cosa muy sencilla, que usted tiene corazon.

FEDER. Ah!

MAT. Qué tal? habré acaso pensado bien.

FEDER. No sé; pero...

MAT. Pienso ademas, que teniendo corazon se habrá usted enamorado, y como es usted pobre...

FEDER. No crea usted...

MAT. Que no crea? Su turbacion me lo indica más que nada; usted se ha enamorado de alguna mujer rica, hermosa, desde luego, y ya que no pueda usted ofrecerla un capital al darla su mano, la ha ofrecido usted todos los tesoros de su inspiracion.

FEDER. Ah! usted ha leido?...

MAT. Vé usted cómo voy adivinando? Todos los dias la decia usted algo en el periódico, el director se ha cansado, y aunque sabe lo que usted vale, le ha despedido de la redaccion. ¿Es ó no es esa la verdad?

FEDER. Sí, Matilde, verdad es. ¿Á qué he de negárselo á usted? Amo, pero mi amor es un amor sin esperanza.

MAT. Acaso es rica?

FEDER. Mucho.

MAT. Malo, muy malo.

FEDER. Ya vé usted si tenia razon en quejarme.

MAT. Eh! no vaya usted tan aprisa, que no hay motivo para ello. Lo peor será que ella no le quiera á usted. Si yo pudiese ayudarle...

FEDER. Usted, Matilde?

MAT. ¿Qué tiene de particular? ¿No soy su amiga? Pues bien, le sirvo si puedo hacerlo; yo comprendo asi la amistad.

FEDER. Cuán buena es usted.

MAT. Nada de eso, soy simplemente su amiga, y si usted me dijera quién es ella...

FEDER. Enriqueta Vazquez!

MAT. Cómo! mi amiga Enriqueta? ¿la hija del comerciante Vazquez?

FEDER. La misma. Le extraña á usted?

MAT. Lo que me extraña es que tratándose de Enriqueta no la haya usted dicho nada aun. Una jóven tan sencilla, tan candorosa.

FEDER. Ojalá lo fuera!

MAT. Qué! acaso ha cambiado de carácter?

FEDER. Y mucho! Su padre la ha hecho comprender sin duda el valor del dinero y no sabe hablar de otra cosa.

MAT. Oh! no es posible!

FEDER. Créame usted, Matilde, Enriqueta está hoy desconocida. Su pasion por el lujo ha aumentado considerablemente y hoy se necesita un capital inmenso para satisfacer sus caprichos.

MAT. Sin embargo, haciéndola conocer el precipicio á que camina, aun podria salvarse, aun llegaria á ser feliz.

FEDER. ¿Y piensa usted que asi no cree serlo? Enriqueta se considera dichosa porque sus menores caprichos son satisfechos en seguida por su padre; porque el desenfrenado lujo de sus trajes y de su tren la coloca á la cabeza de la sociedad madrileña, y esto, halaga su vanidad, porque su corazon no anhela mas que un vestido ó un aderezo, porque aun es muy jóven, y si asi sigue...

MAT. Oh! si ha leido la carta que la he escrito...

FEDER. Cómo! usted la ha escrito.

MAT. Sí, Federico, la he pedido un empleo para mi esposo, un pedazo de pan para mi hija: la espero hoy aquí.

FEDER. ¿Y cree usted que vendrá?

MAT. Tengo el convencimiento de que ha de oir mis súplicas.

FEDER. Entonces la dejo á usted sola; no quiero que me encuentre aquí, porque temo serle molesto...

MAT. Á mí? nada de eso, Federico, quédese usted.

FEDER. Volveré luego; ahora estoy cesante y nada hago en todo el dia. Hasta despues, Matilde, y quiera Dios que consiga usted algo del corazon de Enriqueta.

MAT. Adios, Federico, tengo confianza en Dios, y no me desamparará. (Federico sale por el fondo.)

ESCENA IV.

MATILDE.

Pobre amigo mio! Es tan bueno, que sus desgracias las siento como si fueran mias. Amar sin esperanza debe ser una cosa muy triste; pero á fé que él anda equivocado y que Enriqueta le ha de querer. ¡Tiene tan buen corazon! (De pronto y pensativa.) ¿Y si fuera cierto lo que me ha dicho Federico? ¿Y si Enriqueta?.... Bah! Tonterias! Si lee mi carta..... Debe tenerla ya en su poder, y no viene..... ¡Qué loca soy! Apenas hace media hora que se la mandé, y ya me parece un siglo. Voy á dar un beso á mi pequeña Carolina, y entre tanto.... Estoy segura que no tardará en venir..... (Sale por la izquierda.)

ESCENA V.

RICARDO y despues MATILDE.

RIC. (Entrando apresuradamente por el fondo.) Uf! qué gentes! Aquí me cuelo para librarme de ellos. No reparan en que uno al fin y al cabo es una persona decente, y que no está bien que de buenas á primeras... Y á fé que el maldito inglés se conoce que tiene tanta flema como los hijos de la soberbia Albion. ¡Mala peste para todos

ellos! Desde que me vió á lo lejos no ha dejado de seguirme un solo momento: pero bien seguro estoy de que no sabe donde me he metido. Examinemos ahora la habitacion que me ha servido de guarida. Pche! miseria, miseria por todos lados. (Mirando hácia la puerta de la izquierda.) Pero calle! qué veo? Una mujer viene hácia aquí... Alguna modistilla.

MAT. Caballero!

RIC. (Ap.) Hola! se sorprende! (Alto.) Estoy á los piés de usted, señorita.

MAT. Buscaba Vd. algo en esta casa?

RIC. Buscar precisamente, no: pero la encuentro á usted, y ya me ha caido que hacer.

MAT. Señor mio!

RIC. No se incomode usted, porque hemos de ser grandes amigos. No se sienta usted?

MAT. Me encuentro perfectamente, y como espero que no prolongará usted mucho su visita...

RIC. Nada de eso: precisamente iba en busca de emociones fuertes, de las emociones de un amor en un piso cuarto, y ya las he encontrado.

MAT. Caballero, esas palabras...

RIC. Tienen su explicacion. Yo soy un jóven que no me ocupo en nada, ó mejor dicho, me ocupo en pasear las calles de Madrid en busca de mi media naranja, y esta, segun voy sacando en limpio, se empeña en huir siempre de mí. Pero ahora ya la he encontrado.

MAT. No le comprendo á usted.

RIC. Pues es muy fácil. Figúrese usted que por una casualidad inesperada, me encuentro en su casa; que por otra casualidad tambien, sale usted en el mismo instante en que me disponia á marchar, y por último, que otra casualidad ha hecho que me guste usted mucho y que esté dispuesto... (Tratando de abrazarla.)

MAT. (Rechazándole.) Basta, caballero: si le he podido escuchar á usted hasta ahora, solo ha sido porque creí otro el motivo que hasta aquí le condujera, pero usted mismo

me ha hecho conocer lo que es, y estoy decidida á no escucharle por mas tiempo. Esa es la puerta. (Señalando la del fondo.)

RIC. Me gusta la franqueza con que me despides!

MAT. (Con dignidad ofendida.) Caballero!

RIC. ¿Tienes miedo acaso? No temas; yo no soy ningun Tenorio, soy simplemente un jóven que trata de hacerte el amor.

MAT. Le he dicho á usted que basta ya. Soy casada y no debo escuchar su pretension, ni como esposa, ni como mujer honrada.

RIC. Muy virtuosa te encuentro, cándida paloma, pero á fé que si resistes á mis palabras, no serás tan ingrata que me niegues... (Trata de abrazarla. Matilde retrocede á tiempo que aparece Jerónimo. Al verle, Ricardo se detiene en medio de la escena.)

ESCENA VI.

MATILDE, RICARDO y JERÓNIMO.

JERÓN. Matilde mia, te traigo..... (Ap.) Hola! un jóven en casa. (Alto.) Beso á usted la mano.

MAT. (Ap. á Ricardo.) Es mi esposo, disimule usted. (Alto.) Este caballero, esposo mio, venia á visitar á nuestro vecino Federico, y equivocadamente ha entrado en nuestra habitacion.

RIC. Cierto, caballero, no sabia bien las señas; pero gracias á esta señora he sabido que vive...

JERÓN. Si, en el piso inmediato, en el tercero.

RIC. Tantas gracias... Siento haber molestado á ustedes...

JERÓN. Nada de eso, mi esposa y yo tenemos sumo gusto...

RIC. Repito que muchas gracias, y con permiso de ustedes...

JERÓN. Pero no descansa usted?

RIC. Me interesa ver á Federico; pero de todos modos se lo agradezco á ustedes. (Ap. á Matilde.) Ya nos veremos los dos, paloma sin hiel.

MAT. (Ap.) Infame!
RIC. (Saludando.) Señora, á los pies de usted. Caballero...
JERÓN. Vaya usted con Dios, y ya sabe usted que esta casa...
(Sale Ricardo por el fondo.)

ESCENA VII.

MATILDE, JERÓNIMO.

MAT. Basta!
JERÓN. Mujer, deja que le ofrezca...
MAT. No, no hay necesidad de ofrecérsela. Ese hombre podria abusar de tu ofrecimiento.
JERÓN. Cómo! Matilde, explícate!
MAT. Que me explique? Tan ciego estás que no has comprendido que mis palabras solo eran una excusa para encubrir una imprudencia?
JERÓN. Una imprudencia? No sé lo que quieres decir. ¿Acaso ese jóven?
MAT. Sí, Jerónimo, ese jóven ha entrado aquí no sé cómo ni cuándo, pero sus fines...
JERÓN. Ah! Te comprendo! ¿Y le has dejado marchar sin decirme una palabra? ¿Le has dejado escapar sin que yo castigara su insolencia? Oh! le he de probar!... (Se dirige al fondo.)
MAT. (Interponiéndose.) No, esposo mio, tú no saldrás de aquí.
JERÓN. Matilde!
MAT. Sí, Jerónimo, tú no debes salir, no te lo permito yo.
JERÓN. Tú! Tú no me permites que castigue al insolente? Ah! Matilde! qué horrible duda me asalta! Por qué le has excusado? Por qué has mentido para salvarle?
MAT. No le he salvado á él, te he salvado á tí. He mentido, porque no he querido exponerte á un lance que hubiera podido tener fatales consecuencias, porque tu vida es muy cara para mí, porque te amo demasiado para dejarte exponer á los resultados de una lucha.
JERÓN. Ah! te creo, Matilde, te creo, y perdóname si un solo

instante he podido dudar de tí. Tienes razon, no me hubiera podido contener ante ese hombre, y quién sabe si mi pobre hija se hubiera quedado sin padre.

MAT. Vaya! no pienses mas en eso, y cuéntame lo que has hecho.

JERÓN. Qué he hecho? nada.

MAT. Cómo! otro dia mas sin conseguir...

JERÓN. No, no he estado en el ministerio; cuando salí de aquí me fuí directamente á casa de tu amiga Enriqueta.

MAT. Y qué? La has visto? Te ha dicho que va á venir?

JERÓN. Ni la he hablado, ni la he visto. Ya ves, cómo habia yo de atreverme á hablarla, tan pobre, tan mal vestido, cuando Enriqueta es rica y dará gusto verla?

MAT. Si le hubieras dicho que eras mi esposo...

JERÓN. Dale! no te quieres convencer de lo que tantas veces te he dicho. Enriqueta tiene mucho dinero, mucho, y no hará caso nunca... digo, sí, sí, alguna que otra vez suele hacer caso.

MAT. Ah! explícate por Dios.

JERÓN. Por ejemplo: cuando la escriben cartas muy patéticas, muy sentimentales, y sobre todo, si quien las escribe es una compañera de colegio.

MAT. Oh! concluye pronto.

JERÓN. No lo digo precisamente por tí, mujer, pero sé yo que cuando eso sucede, Enriqueta manda enganchar una de sus mejores carretelas, monta en ella y lleva el consuelo á la amiga que se lo pide, la limosna á la pobre mendiga que la implora.

MAT. Bien me lo decia el corazon, Enriqueta no podia ser mala.

JERÓN. Sí; pero Enriqueta hace eso por lo que lo hacen muchas mujeres en el dia; lo hace asi, con mucho ruido, para que al dia siguiente los periódicos elogien su caridad inagotable, y sus amigos tengan un motivo mas, no para ensalzar sus méritos, sino el inmenso caudal de su padre. ¡Bien sabe Enriqueta lo que se hace!

MAT. No, no es posible.

JERÓN. Quién sabe! tal vez me equivoque; pero tu amiga es una mujer á la moda, y hoy dia está de moda practicar la caridad de esa manera.

MAT. Y aunque asi fuera, Jerónimo, siempre acudirá á nuestro socorro; siempre la deberemos el pan para nuestra hija, y eso á los ojos de Dios...

JERÓN. Ojalá lo mirara Dios con buenos ojos! Pero el caso es que Enriqueta va á venir y que tal vez por ella seamos dichosos.

MAT. Es cierto lo que dices?

JERÓN. Ves cómo te se hace cuesta arriba el creerlo? Ya te lo dije: á fuerza de creer que Enriqueta es buena, has llegado á figurártela muy mala.

MAT. Haces mal en pensar asi. De todos modos tendremos que agradecerla el favor que nos haga, y creo que esto será un motivo mas para que no hables mal de ella. Dejemos eso, pensemos en nuestra dicha y á reir alegremente.

JERÓN. Cuando no se espera la felicidad y se nos viene asi de rondon, verdad es que nos convierte en tontos.

MAT. Mira, Enriqueta te buscará un buen empleo en casa de su padre.

JERÓN. Y podremos vivir en una casa mas grande y mas bonita.

MAT. Sí; pero que sea barata.

JERÓN. Y tendremos muebles mas cómodos.

MAT. Y una cuna para Carolina.

JERÓN. Verdad! la pobrecita tiene que dormir ahora en nuestra cama.

MAT. Ya verás qué trajes mas monos la voy á hacer.

JERÓN. Y tú tambien los tendrás muy elegantes.

MAT. No, Jerónimo, primero los tendrás tú, que necesitarás presentarte decente en las oficinas.

JERÓN. Yo? no, con cualquier cosa tengo de sobra.

MAT. Es que yo no lo permitiré. Tú tendrás que alternar con muchas personas.

JERÓN. Y tú tambien.

MAT. No lo creas: ya sabes que me gusta mas cuidar de mi hija que gastar el tiempo en cosas inútiles.

JERÓN. Entonces no vamos á gastar nada.

MAT. Mejor; asi ahorraremos.

JERÓN. Para nosotros.

MAT. No, para nuestra Carolina. Voy á ponerla los regalos de nuestro amigo Federico y á dormirla para cuando venga Enriqueta.

JERÓN. Anda, sí, picarilla y dála un beso de mi parte.

(Sale Matilde izquierda.)

ESCENA VIII.

JERÓNIMO, FRDERICO.

JERÓN. ¿Y que haya hombres que digan que la mujer es mala? ¿Y que haya quien sostenga que la mujer es nuestra perdicion? Imbéciles! Bien se conoce que no han visto nunca á mi Matilde. Á fé que si la trataran no dirian mas esas cosas. Estoy seguro que mas de cuatro me envidiarian si supieran lo feliz que soy á su lado. La misma Enriqueta que se cree tan dichosa porque tiene un palacio y muchos millones, daria todo lo que posee por un poco de mi felicidad. Verdad es que mi génio y el suyo... (Viendo á Federico que entra por el fondo.) Pero ¿qué veo? el vecino Federico á estas horas? ¿Qué hay de bueno, amigo mio?

FEDER. Poca cosa, señor don Jerónimo ¿No ha venido aun Enriqueta?

JERÓN. Quién? la amiga de Matilde? No tardará ya mucho, porque el coche la esperaba á la puerta de su casa.

FEDER. Entonces me permitirá usted que me siente para esperarla.

JERÓN. Cómo permitir? Esta casa es de usted, amigo mio, toda de usted y puede hacer en ella lo que quiera.

FEDER. (Sentándose.) Muchísimas gracias, vecino, pero yo no sé cómo pagar...

JERÓN. Pagar? Quién piensa en eso? Si yo bajase á su habitacion, me echaria usted de ella?

FEDER. Oh! nunca!

JERÓN. Entonces estamos en paz. Vaya unos melindres con que nos sale usted ahora.

FEDER. Temia abusar...

JERÓN. Abusar! abusar! siempre está usted diciendo lo mismo. Bien se conoce que es usted periodista. Pero, calle! ahora que pienso, ¿cómo no está usted en la redaccion? ó no hay trabajo hoy?

FEDER. Ni hoy ni nunca.

JERÓN. Qué! ha tronado el periódico?

FEDER. Otra cosa peor, señor don Jerónimo; si hubiera dejado de publicarse me quedaria el consuelo de decir que me retiraba con honra, ya que no con provecho, pero... me han despedido.

JERÓN. Hombre! eso no puede ser, eso es una picardia.

FEDER. Usted me honra mucho, don Jerónimo, pero de esto yo me tengo la culpa.

JERÓN. Que si quieres! no lo creo.

FEDER. Cierto. Matilde lo ha adivinado en seguida.

JERÓN. Quién! ¿Mi mujer?

FEDER. Sí, señor.

JERÓN. Pues qué! ha cometido usted alguna falta grave?

FEDER. Si es grave falta el estar enamorado...

JERÓN. Hola! enamorado! ¿Con que esas tenemos?

FEDER. Sí señor, enamorado, pero con un amor sin esperanza.

JERÓN. Tate! tate! Pero no veo puntos de contacto entre el amor y la redaccion de un periódico.

FEDER. Ojalá no los hubiera! Pero al director le ha cansado el que yo dedicase todos los dias alguna composicion...

JERÓN. Ah! ya comprendo. Y viene usted á buscar á Enriqueta, á ver si ella le ayuda á usted? Bien hecho, Matilde y yo le apoyaremos.

FEDER. No es por eso por lo que la busco, por lo que deseo verla.

JERÓN. Entonces...

FEDER. Es que Enriqueta...

JERÓN. Ya! ya caigo en la cuenta. Hum! malo, muy malo me parece el negocio.

FEDER. Ya se lo dije á Matilde, pero se empeña en que Enriqueta me ha de corresponder...

JERÓN. Pues si mi mujer se empeña, tenga usted por seguro, no digo eso, cualquier cosa por muy difícil que sea. Verdad es que Enriqueta... Pero aquí viene Matilde.

ESCENA IX.

MATILDE, por la izquierda, JERÓNIMO Y FEDERICO.

MAT. Ya la tengo vestida... Hola! otra vez aquí, Federico?

FEDER. Le dije á usted que volveria...

MAT. Sí, bien se conoce que el iman atrae al acero. Seguro es que si no supiera que Enriqueta va á venir, no hubiera usted subido.

FEDER. Ah! si acaso usted cree...

JERÓN. Quite usted allá! Eso es una broma de mi mujer. Ya sé yo que para que usted cause efecto en su olvidadiza amiga, le ha preparado una sorpresa.

FEDER. Una sorpresa!

MAT. Sí señor, y que usted no podrá figurarse cuál es.

FEDER. La verdad, no comprendo...

JERÓN. Todos los enamorados son ustedes... digo, somos lo mismo cuando nos encontramos en un caso asi. ¿Te ries, eh? (Á Matilde.)

MAT. Y qué? quieres que llore cuando Enriqueta estará tal vez á la puerta? Hoy quiero estar alegre, y váyase por lo mucho que hemos llorado. No es cierto, Federico?

FEDER. Tiene usted razon, Matilde, cuando la felicidad les sonrie á ustedes...

MAT. Cómo á ustedes? á todos. Acaso no van á concluir sus pesares? Vaya, para que Enriqueta se acuerde de usted, he vestido á mi Carolina con los regalos que la hizo usted el mes pasado. Con eso conseguiremos que

Enriqueta piense en su amor de usted, mi Jerónimo y yo le apoyaremos...

JERÓN. Justo, y antes de una semana se casan ustedes.

FEDER. Ay! Matilde! á usted la engaña su buen corazon.

MAT. Todavía porfiando? Cuando Enriqueta venga les he de confundir mostrándosela tal cual es, buena, sencilla, candorosa... No faltaba más! (Se retira á la ventana.)

FEDER. Ah! don Jerónimo, su esposa tiene muchas esperanzas, pero yo...

JERÓN. Crea usted que tampoco las tengo todas conmigo, mas si ella se empeña...

MAT. Oiga! qué veo? No hay un carruaje á la puerta? Sí, sí, es el de Enriqueta que subirá ya la escalera. (Volviendo al proscenio.) Lo ven ustedes, señores mios? Cuando yo lo decia...

(Vá á la puerta, la abre y aparece Enriqueta elegantemente vestida en traje de visitas. Las primeras palabras las pronuncia desde fuera, y luego entra con cierta majestad que no abandona. Es preciso que la actriz encargada de este papel, se haga cargo del personaje que representa, y que el traje raye por su elegancia en lo escandaloso.)

ESCENA X.

MATILDE, FEDERICO, JERÓNIMO y ENRIQUETA.

ENR. Uno de vosotros, que espere mis órdenes en la escalera. (Entrando.) Dónde está Matilde?

MAT. (Queriendo abrazarla.) Enriqueta!

ENR. (Al notar el movimiento de Matilde, se retira con desden y solo le alarga la mano que aquella estrecha entre las suyas con efusion.) Amiga mia!

JERÓN. (Ap.) Casi, casi me voy convenciendo de que es buena; pero que sé yo... tengo un presentimiento...

ENR. Cuánto deseaba verte! Por qué no me has avisado antes?

MAT. Temia que no te acordaras de mí... (Ap.) Y decian que era mala.

ENR. Mal hecho, yo siempre me acuerdo de mis compañeras de colegio. Este caballero será tu esposo? (Por Jerónimo.) Hola! Federico, usted por aquí?

FEDER. (Ap.) No sé que decir.

MAT. Siéntate, estarás cansada.

ENR. No, gracias, estoy bien.

JERÓN. (Ap.) Lástima que no se le arrugue el vestido. No sé por qué!...

ENR. Pero, cómo puedes vivir en una habitacion tan miserable?

MAT. Qué quieres, Enriqueta? Mi pobre Jerónimo...

ENR. Si me hubieras avisado cuando salí del colegio... Jesús! qué habitacion más pobre!

MAT. Y gracias que podemos... Dios no nos ha desamparado.

ENR. Y de ahora en adelante tampoco yo te abandonaré. Jerónimo, mi papá le espera á usted en casa para darle un encargo que yo le he hecho: puede usted ir á recogerle.

JERÓN. Su papá!

ENR. Sí, es un destino en sus oficinas: le recordé que Matilde habia sido mi mejor amiga y en seguida me ha dado gusto.

JERÓN. Pues con permiso de ustedes...

ENR. Sí, vaya usted.

JERÓN. Hasta luego. (Ap. á Federico.) Usted se queda?

FEDER. No, me encuentro mal aquí: me marcharé con usted. (Alto á Enriqueta.) Á los pies de usted, Enriqueta. (Ap. á Matilde.) Adios, amiga mia.

ENR. Abur, Federico.

MAT. (Ap. Federico.) Se va usted?

FEDER. (Id. á Matilde.) Sí, volveré luego. (Salen Jerónimo y Federico por el fondo.)

ESCENA XI.

MATILDE y ENRIQUETA.

ENR. Conque casada tú? ¿mi buena compañera del colegio ha doblado el cuello al santo yugo?

MAT. Sí, Enriqueta; Jerónimo me quiere mucho, y como es tan bueno...

ENR. Ya! habeis hecho un casamiento por amor. Brava tonteria! no tiene perdon de Dios la mujer que comete tal disparate.

MAT. Por qué, Enriqueta? Acaso no soy feliz de este modo?

ENR. Sí, vaya una felicidad! muriéndoos de hambre los dos. Á fé que no comereis el amor que os tengais el uno al otro.

MAT. Verdad que hemos estado espuestos á perecer, pero ¿qué quieres? soy tan dichosa con el cariño de mi esposo, que no me cambiaria por nadie de este mundo.

ENR. Buen provecho te haga! Tú que ya eras pobre, y él que debia serlo tambien, habeis hecho una linda pareja. Ya ves, yo soy muy rica, y á pesar de eso, papá no quiere que me case sino con un hombre que tenga por lo menos tanto como yo. Hace pocos dias me hablaba de eso y me propuso cierto marquesito que segun sus cálculos debe tener un capital inmenso. Esto me conviene, porque á mas de doblar las rentas, podré ostentar en mis carruajes un escudo de nobleza. ¿No te parece que es muy buen plan?

MAT. Si él te quiere...

ENR. Él? no sé aun quién es...

MAT. ¿Y sin amor vas á contraer ese enlace?

ENR. El amor! el amor! eso es una niñada, Matilde; eso no se usa ya hoy dia. El tiempo de los amantes de Teruel se ha olvidado ya, y hoy estamos por otra cosa: una buena dote vale mas que todas las promesas de amor de un romántico.

MAT. (Ap.) Dios mio! si tendrá razon Federico?

ENR. (Fijándose en una fotografía que hay encima de una mesa.) ¿Tambien tienes aquí el retrato del pelafustran de Federico?

MAT. Sí, Enriqueta, es un buen amigo.

ENR. Lástima de niño! Me tiene ya aburrida con sus contínuas quejas y lamentos.

MAT. Pobre chico! y si él te quiere?

ENR. Me quiere? Lo que él quiere es mi dote... ¡Buen pájaro es!

MAT. No lo creas, es muy bueno. Tiene un corazon...

ENR. Que le servirá de mucho. Se ha empeñado en no admitir un destino que le daban, porque dice que él es demócrata y no quiere abjurar nunca de sus ideas. Con sus ideas y todo, tambien se morirá de hambre como tú y tu esposo.

MAT. Enriqueta!

ENR. Y qué? acaso no es esa la verdad? Vaya que estariais lucidos si no fuera porque te has acordado de mí, que soy y seré siempre tu mejor amiga.

MAT. Oh! gracias, mil gracias, Enriqueta; tú no sabes lo que Jerónimo y yo te agradeceremos el acto de caridad que ejerces con nosotros.

ENR. Eso es lo que yo quiero, qué me lo agradezcas, porque asi serás siempre lo que eras en el colegio; de otro modo es imposible tener caridad en este siglo, Jesus! la abruman á una continuamente.

MAT. (Ap.) Me da una limosna como podria hacerlo con una pobre cualquiera. Oh! con razon se quejaba Federico!

ENR. En fin, gracias á mí, tu miseria termina hoy. Mañana ocuparás tal vez una nueva posicion en el mundo, y supongo que no habrás olvidado la educacion esmerada que recibiste en el colegio.

MAT. No, Enriqueta, por desgracia no la he olvidado.

ENR. Y llamas desgracia á eso? Já! já! qué loca eres!

MAT. (Ap.) Oh! si no tuviera á mi pobre Carolina!

ENR. (Mirando el reloj.) Las doce! no me puedo detener mas. Me espera mi amiga la duquesa del Salce, y no quiero

impacientarla. Da mis recuerdos á tu esposo, y cuando quieras, ven por casa.

MAT. Gracias, Enriqueta, y Dios te pague lo que estás haciendo por mí.

ENR. Eh! no hables de eso. Adios! (Sale por el fondo despues de haber estrechado la mano de Matilde.)

ESCENA XII.

MATILDE, despues FEDERICO.

MAT. Ya se ha ido! Y es ella? Enriqueta, mi amiga de la infancia? No, no puede ser, no es mala: ella tan dulce, tan cariñosa..... y sin embargo, me hablaba de una manera tan particular... como si me despreciara... Maldito dinero! maldito lujo! ellos tienen la culpa de que Enriqueta sea asi; ellos han hecho que su corazon olvidase las dulces afecciones de los primeros años, para dar cabida en él á la vanidad, al orgullo, á la soberbia. Oh! Enriqueta no es mala, Enriqueta está engañada, alucinada por el falso brillo del gran mundo, y si tuviera una madre que la dirigiera... Hoy hace por mí cuanto haria una buena amiga en su caso; pues bien, mi corazon ha contraido con ella una deuda sagrada, y sabrá pagarla.

FEDER. (Por el fondo.) Se ha marchado ya, Matilde?

MAT. Sí, Federido, y ojalá no hubiera venido nunca.

FEDER. Cómo! no la defendia usted antes?

MAT. La defendia, porque creí que era buena, á pesar de lo que me decia usted, de lo que sostenia mi esposo, pero ahora.....

FEDER. Se ha convencido usted ya de que no es la Enriqueta del colegio?

MAT. Por desgracia, sí, Federico; he conocido ya lo que es, lo que pretende ser.

FEDER. Y sostendrá usted aun que mi amor tiene esperanza?

MAT. Oh! siempre! Si usted la quiere como yo, si usted me

ayuda á salvarla del precipicio á que camina, Enriqueta llegará á ser buena, tan buena como lo era en el colegio, y digna en todo del amor que usted la profesa.

FEDER. No creo obtener resultado ninguno, Matilde, no abrigo la mas pequeña esperanza, pero la ayudaré á usted con toda mi alma, y ya que no consiga su amor, quiera Dios que pueda aun verla digna del que llegue á ser su esposo.

ESCENA XIII.

MATILDE, FEDERICO y JERÓNIMO, por el fondo.

JERÓN. Albricias! albricias! Hola! aquí está usted, Federico? Me alegro, con eso mato dos pájaros de una pedrada. ¿Y Enriqueta?

MAT. Se marchó ya.

JERÓN. No, no pregunto eso: pregunto, que... ¿qué te ha parecido? pues... si la has encontrado como te la figurabas.

MAT. Mejor que mis palabras te lo diria mi corazon si le pudieses ver.

JERÓN. Hola! con que no es lo que nos figurábamos?

FEDER. No, señor Jerónimo, Matilde ha conocido ya la verdad.

JERÓN. Pues lo siento, pero mala ó buena, no puedo menos de agradecerla á ella ó á su padre el destino que este me ha dado en su casa de comercio.

MAT. Ah! pero es cierto?

JERÓN. Sí, hija mia, veinte mil reales!

MAT. Veinte mil reales!

FEDER. (Ap.) Y yo, miseria, privaciones y hambre! Oh! no puedo permanecer por mas tiempo en esta casa. (Se dirige al fondo.)

MAT. Se va usted, Federico?

FEDER. Sí, amiga mia, el espectáculo de mi tristeza, no les dejaria á ustedes gozar libremente de su felicidad.

JERÓN. Cómo se entiende! no, señor mio, usted no saldrá nunca de mi casa. Desde ahora va usted á vivir siempre

con nosotros. Justamente teniamos que solventar una deuda.

FEDER. Una deuda! no comprendo...

JERÓN. Sí, amigo mio, el traje que le regaló usted á la niña, á la pequeña Carolina.

FEDER. Pero...

JERÓN. No hay pero que valga! Hoy todos somos felices y no ha de haber en la casa una cara triste. Ea, á gritar y saltar ahora.

MAT. Estás loco?

JERÓN. No, no estoy loco, pero Dios nos ha dado mucho mas de lo que le pediamos y... Qué caramba! Venga usted Federico, vamos á bailar! Usted con Matilde y yo... yo... yo con mi Carolina. (Se dirige precipitadamente á la puerta izquierda. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegantemente amueblada en casa de Enriqueta. Puertas al fondo que dejan ver otra sala, y á derecha é izquierda que conducen á las habitaciones interiores. Una mesa con periódicos.

ESCENA PRIMERA.

D. GERVASIO y algunos criados que arreglan el mueblaje.

GERV. Vamos, hijos mios, andad mas ligeros, que aun nos falta arreglar el salon de baile. (Dirigiéndose á uno de ellos.) Mira, tú, no des tan fuerte sobre las sillas, si no antes de mucho... Bien se conoce que no os han costado el dinero. ¿Habeis concluido ya? Bueno, id á la antesala que en seguida voy yo. (Salen los criados por el fondo.) Ganapanes! para maldita la cosa que sirven, y si mi amo el señor don Constantino quisiese, no habia de quedar uno. Pero ya se ve, la señorita Enriqueta, es tan aficionada á montar la casa con la mayor elegancia, y su padre es tan amigo de complacerla en todo, que hay aquí mas criados inútiles que siervos tiene el autócrata ruso. Á fé que no es asi la señora Matilde, la esposa del cajero don Jerónimo, que se pasa de buena y que con el sueldo que tiene arregla su casa tan modestitamente, que

no parece sino que no tengan un cuarto. Cuando voy á verles se me ensancha el corazon, porque si no hay allí lujo, que para nada sirve, hay una limpieza que da gusto. Ah! si no fuera por mi buen amo don Constantino...

ESCENA II.

D. GERVASIO, FEDERICO Sale vestido con alguna elegancia, pero con cierto descuido artístico.

FEDER. Buenos dias, don Gervasio.

GERV. Buenas tardes dirá usted, señorito; verdad es que con esa pícara costumbre de comer á la francesa, nunca se sabe cuando es mañana ni cuando es tarde. Si nuestros padres levantáran la cabeza... ¿Y qué trae usted de bueno por aquí?

FEDER. Pche! nada, amigo mio, me fastidio en todas partes.

GERV. Pues á buen seguro que ahora ya tendrá usted que hacer, porque desde que es usted director ó qué sé yo de ese periódico, no le veo á usted muy desocupado.

FEDER. Cierto, pero mañana no se publica.

GERV. Cuanto lo vá á sentir la señorita Enriqueta! Ella que lo lée siempre con un gusto...

FEDER. ¿Quién? ¿La señorita Enriqueta acaso lee?...

GERV. Vaya! Mas de dos veces la he visto leer, y como yo soy ya antiguo en la casa y tengo asi cierta confianza, me acerqué por detrás á ver qué leia.

FEDER. ¿Y qué era, don Gervasio?

GERV. Qué habia de ser! el artículo de modas.

FEDER. Siempre la misma!

GERV. Eso es lo que yo la dije, porque al fin y al cabo habia allí versos muy bonitos, y por cierto que unos eran de usted: mientras la señorita se enteraba de las modas, yo leí lo que usted habia escrito, y como á mí me gustan mucho esas cosas y mas cuando son de usted...

FEDER. Gracias, buen Gervasio, gracias.

GERV. Es la verdad, señorito, y ya sabe usted que yo nunca miento. Pues como iba diciendo, despues que los leí le dije á la señorita Enriqueta.—¿No ha leido usted estos versos que hay aquí?—No, me contestó; de quién son?—Del señorito Federico.—Bah! tonterias! y sin mirarlos siquiera arrojó el periódico á la chimenea.

FEDER. (Ap.) Dios mio! Dios mio! qué corazon!

GERV. Se ha quedado usted triste? Ya siento haberle contado á usted eso. Porque ¡qué caramba! á usted le dará rabia que no lean sus cosas, y sobre todo el que las llamen tonterias.

FEDER. Tiene usted razon, don Gervasio, pero de eso yo me tengo la culpa. ¿No ha venido hoy la señora Matilde?

GERV. Sí, señor; estuvo antes aquí y salió con la señorita; han ido á visitar á unos pobres. ¡Como la señora Matilde es tan buena!

FEDER. Ojalá la imitara su amiga!

GERV. Sí, sí, facilito es eso, bueno es el genio de la señorita para que se amolde. Ya! ya!

FEDER. Y el señor, está en su despacho?

GERV. Allí le encontrará usted probablemente, porque para él no hay dias de fiesta.

FEDER. Entonces voy á verle.

GERV. Sí, sí, pase usted. (Federico sale por la derecha.)

ESCENA III.

D. GERVASIO, MATILDE y ENRIQUETA.

La primera viste sencillamente de calle; la segunda lleva un elegante deshabillé de mañana.

GERV. He aquí un jóven por el que me dejaria matar de buena gana. Si en vez de casarse con el marquesito de Vega-Real se uniera al señorito Federico, otro gallo

le cantara á la orgullosa niña. Pero... aquí vienen.

ENR. Huf! qué fastidio! Es imposible dar un paso por Madrid á pié sin riesgo de mancharse toda.

MAT. Pero en coche se corre tambien el riesgo de atropellar á algun infeliz.

ENR. Que miren por donde van! Y luego, tu á mi lado, mas que mi amiga pareces una doncella.

MAT. Enriqueta, ¿te avergüenzas acaso de salir conmigo?

ENR. Avergonzarme, no, mujer, pero... ¡Hola Gervasio!

GERV. (Ap.) Todos respetan mis canas, y esta mocosuela!... (Alto.) Buenos dias, señorita

ENR. ¿Está ya todo dispuesto para el banquete?

GERV. Sí, señorita, bajo mi direccion...

ENR. ¿Dirigido por usted? Asi andará ello. Es usted muy torpe para eso.

GERV. (Ap.) Cuarenta años llevo sirviendo y esta es la primera vez... ¡Cómo ha de ser!

ENR. ¿No es verdad, Matilde, que el dia que se va una á casar es distinto de los demas?

GERV. (Ap.) ¡Vaya una salida!

MAT. Cuando amamos al que ha de ser nuestro esposo...

ENR. ¡Amarle! desde que le presentaron en casa, hoy hace una semana, solo le he visto dos veces. Tú ya le conoces ¿no es cierto?

MAT. Sí, Enriqueta, le conozco demasiado.

ENR. ¡Demasiado! por qué dices eso?

MAT. Por... por nada. Tengo mis razones y ¿qué quieres? como yo nunca le hubiera elegido por esposo.

GERV. Justo! eso mismo digo yo, porque...

ENR. ¿Quién le da á usted vela en este entierro?

GERV. Señorita, mis años y mis servicios...

ENR. Ni sus años, ni sus servicios me importan á mí nada. ¡Habráse visto descaro semejante!

MAT. No seas asi, Enriqueta, don Gervasio te ha visto nacer, y sus canas y su cariño...

ENR. ¿Tambien tú le defiendes?

MAT. ¿Por qué no? ¿es algun crímen defender á la ancianidad?

ENR. Mira, Matilde, sentiré mucho tener que enfadarme contigo, pero si tanto te mezclas en los asuntos de mi casa... (Á D. Gervasio.) Váyase usted de aquí.

GERV. (Ap.) Cómo ha de ser! Dios tenga compasion de ella. (Á Matilde.) Gracias, señora Matilde, es usted muy buena.

MAT. Cumplo con mi deber, don Gervasio.

ENR. ¿Aun está usted aquí?

GERV. Le decia á la señora... usted dispense. (Ap.) ¡Vaya un genio! (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

MATILDE y ENRIQUETA.

ENR. Usted! Usted!... ¿cuándo la darán á una el tratamiento de vuecencia que le corresponde?

MAT. (Ap.) Qué desgraciada es!

ENR. ¿No te parece que será muy elegante, y sobre todo muy aristócrata, el que la digan á una: Señora marquesa, cuando vuecencia quiera.—El coche espera á vuecencia.—Oh! este casamiento me hace feliz.

MAT. ¿Y crees tú serlo?

ENR. ¿Por qué no? Verás cómo me envidian muchas, y sobre todo, podré darles en la cara á las que me despreciaban porque no tenia un timbre de nobleza, un escudo en mis carretelas. Ayer encargó papá una á Paris, y ya lo traerá en las portezuelas. ¿Quieres verle? (Acercándose á la mesa.)

MAT. ¿Para qué? Ya sabes que no me gustan esas cosas.

ENR. (Que ha estado hojeando un periódico.) Calle! en este periódico me há parecido ver mi nombre. Justo, sí; aquí está.

MAT. ¿Y haces tú caso de lo que dicen los periódicos?

ENR. ¿Por qué no? Cuántas rabiarán al leer esto... Mira, mira, tú tambien tienes algo que ver aquí.

MAT. Cómo!

ENR. Sí, oye. (Leyendo.) «Caridad.—Una de las señoritas mas »bellas de la córte, la simpática hija del conocido ban- »quero don Constantino Vazquez..» ¿Por qué no ha- brán puesto mi nombre? no creo que tenga nada de feo.

MAT. Lo ignorarán tal vez.

ENR. No, no es posible; me conoce todo el mundo. (Leyendo.) «Don Constantino Vazquez, nos ha dado á conocer una »vez mas sus sentimientos religiosos y su inagotable »caridad.»

MAT. No leas mas, Enriqueta; tu obra ha perdido ya para Dios toda su belleza.

ENR. Cá! no lo creas. Esto no lo he mandado poner yo, como hacen otras, sino que se lo conté á un amigo que es periodista...

MAT. ¿Á Federico acaso?

ENR. ¿Á Federico? Bueno es él para hablar de esas cosas; y á mas, él no escribe en un periódico tan ilustrado como este. Oye, oye.—«Sabedora de que una antigua amiga »suya, compañera de colegio, gracias á un mal matri- »monio...»

MAT. Eso no es verdad, Enriqueta; eso es una infame ca- lumnia.

ENR. Será lo que tú quieras.

MAT. Tu afan porque el mundo sepa lo que obras...

ENR. Y bien, ¿qué te importa á tí eso? Hablemos de otra co- sa, esa conversacion me fastidia.

MAT. Razon tienes, hay verdades que amargan.

ENR. Matilde!

MAT. ¿Qué me importa el decírtelo? Tu compañera del cole- gio, la que un dia llamabas tu mejor amiga, debe de- cirte eso y mucho mas. Mi corazon ha contraido conti- go una deuda inmensa y el agradecimiento le obliga...

ENR. (Con sequedad.) No creo que le obligue á mezclarse en los asuntos de mi casa.

MAT. Á mezclarse no, pero al menos á procurar que tu or- gullo, que tu vanidad desaparezcan; que vuelvas á ser

la Enriqueta del colegio. Tú eres jóven, muy jóven aun, y puedes ser buena todavia; caminando por la senda que has principiado, nunca llegarás...

ENR. (Que ha seguido hojeando el periódico.) Ay! qué cosas mas bonitas dice este periódico: voy á leerlas á mi cuarto. Ven, ven conmigo.

MAT. (Ap.) No me oia; prefiere leer un periódico á escuchar á su amiga.

ENR. ¿Vienes?

MAT. No, Enriqueta; aquí te espero.

ENR. (Leyendo al salir por la izquierda.) Vuelvo... «Cinturon La»valliere... falda de seda con volantes...» Qué precioso debe ser!

ESCENA V.

MATILDE y FEDERICO.

MAT. Cinturon Lavalliere... falda de seda... Verdad es que esto te halaga mas que mis consejos por muy buenos que sean. Desdichada!

FEDER. (Entrando por la derecha.) ¿Usted por aquí, Matilde?

MAT. ¿Por qué le estraña á usted verme en casa de mi amiga?

FEDER. ¿Por qué? Porque no puedo creer que autorice usted con su presencia la boda que va á tener hoy lugar en esta casa.

MAT. Cierto que no debí haber venido, pero tengo esperanzas de triunfar.

FEDER. Triunfar! Es demasiado tarde ya. Enriqueta no la oye á usted y me desprecia á mí.

MAT. No desaliente usted, que unidos ambos...

FEDER. Dios lo quiera!

ESCENA VI.

DICHOS, JERÓNIMO y RICARDO por el fondo.

JERÓN. Hola! aquí está mi mujer.
MAT. (Ap. al ver á Ricardo.) Ese hombre aquí!
FEDER. (Id.) El marqués!
RIC. (Saludando.) Matilde, á los pies de usted.
MAT. (Id.) Señor marqués...
RIC. Siempre fria conmigo, siempre altiva...
MAT. Es mi carácter, y...
RIC. Sí; lo comprendo.
FEDER. (Ap. á Jerónimo, con quien hasta ahora ha estado hablando.) ¿Usted se queda?
JERÓN. Sí, necesito hablar con el señor de Vazquez.
FEDER. Entonces les dejo á ustedes. Matilde, hasta luego. Beso á usted la mano, señor marqués.
RIC. Vaya usted con Dios.
MAT. (Ap. á Federico.) Valor, amigo mio.
FEDER. (Id. á Matilde.) Oh! me queda tan poco...
MAT. (Id.) Vuelva usted. (Váse Federico por el fondo.)

ESCENA VII.

MATILDE, RICARDO y JERÓNIMO.

JERÓN. Gran dia, señor marqués, gran dia; hoy al fin va usted á ver realizados sus mas dulces ensueños, si, como supongo, ama usted de veras á Enriqueta.
RIC. Oh! sí, la amo con todo el fuego del primer amor.
JERÓN. Cáspita!
RIC. Qué! le estraña á usted?
JERÓN. Pche! puede que algo.
RIC. Poco es eso.
JERÓN. Ó mas bien del todo.
RIC. Hola! eso ya es otra cosa.
JERÓN. Precisamente, ahora que Matilde está con nosotros y

que la robamos un rato á su pequeñuela, nos va usted á confiar aquí, con toda franqueza, si cree bueno el negocio de su casamiento.

RIC. Don Jerónimo! yo me caso por amor, me caso porque amo á Enriqueta.

JERÓN. Hombre! no se sulfure usted; ya sé yo que para usted no es cuestion de dinero, pero lo que es de amor...

RIC. Cómo! duda usted acaso?

JERÓN. Se cuentan tantas cosas de usted.

MAT. (Ap. á su esposo.) Jerónimo!

JERÓN. (Ap. á Matilde.) Déjame hablar, no temas.

RIC. Já! já! já! y quién hace caso de lo que dicen de uno? ¡Hay tantos envidiosos!

JERÓN. (Ap.) Envidioso á mí! no sé cómo me contengo.

RIC. Será bueno oir esas cosas que de mí se cuentan. Á ver, á ver, refiéranos usted algunas, digo, si Matilde las puede oir.

JERÓN. Oirlas?... Sí, vaya, no ha de poder!

RIC. Veamos, veamos.

MAT. (Ap. á Jerónimo) Prudencia!

JERÓN. Dicen que es usted muy enamorado.

RIC. Bien, me gusta la primera parte de la murmuracion. Siga, siga.

JERÓN. Dicen tambien, que antes de conocer á Enriqueta se entretenia usted en hacer el amor á mas de una cándida niña, que loca creia en sus promesas.

RIC. Pche! francamente, confieso que algunas veces, por matar el tiempo...

JERÓN. Hacia usted muy bien: sus amigos le aplaudirian en el café, mientras algunas infelices lloraban su desgracia. Esto no es nada moral, pero es muy elegante, ¿no es cierto? Y como usted está siempre por lo último en las modas...

RIC. En eso, y dispénseme usted, mienten los murmuradores; yo no he engañado á nadie.

JERÓN. Sin embargo, aun añaden que ha hecho usted el amor á algunas mujeres casadas.

RIC. Eso ya es demasiado.

JERÓN. Demasiado? Pues aun dicen mas; dicen que por casualidad entraba usted en las habitaciones de esas mujeres honradas, buenas, y sobre todo, casadas. ¿Qué tal? ¿se esplica la murmuracion?

RIC. (Ap.) Sabrá acaso?...

MAT. (Ap. á Jerónimo.) Por Dios, Jerónimo!

JERÓN. Y yo, francamente, si el señor marqués me lo permitiera, le daria un consejo.

RIC. Un consejo! no comprendo...

JERÓN. Sí, un consejo, aun cuando no tengo autoridad para ello. Suele suceder que algun marido caviloso, por casualidad tambien sabe el lance, se indigna y...

RIC. Es que en ese caso...

MAT. (Que ha estado distraida hojeando un libro, le cierra de pronto y va á colocarse entre los dos.) Caballero!

JERÓN. Qué! lo toma usted de veras? Já! já! qué bueno es esto! Si solo es un consejo, amigo mio, un consejo de marido. Guárdese usted de todos ellos, porque á veces son tan tontos... Já! já! já!

RIC. (Ap.) Oh! se está burlando impunemente.

JERÓN. Conque ¿qué tal le parece á usted la murmuracion?

RIC. Hay en ello mucho exajerado, y delante de Matilde...

JERÓN. ¿Á qué jóven elegante no le gusta que cuenten sus aventuras amorosas delante de señoras? Así puede llegar á creerse un don Juan Tenorio.

RIC. (Ap. á Jerónimo.) No olvide usted que los Tenorios...

JERÓN. Cuando usted quiera.

MAT. Basta ya!

RIC. Já! já! já! Lo han tomado ustedes por lo serio? Si es una broma.

JERÓN. Verdad es, solo era un consejo amistoso, eso sí, muy amistoso.

CRIADO. (Apareciendo á la puerta derecha.) El señor de Acebedo?

JERÓN. Quién me llama?

CRIADO. Don Constantino.

JERÓN. Voy en seguida. (El Criado se retira.)

RIC. (Ap.) Me deja solo con ella.

JERÓN. Usted no viene, marqués?

RIC. No, salgo ahora del despacho de Vazquez.

JERÓN. Entonces hasta luego, y no olvide usted el consejo, porque es muy de amigo. (Ap.) Ya te espiaré, zorro miserable! (Alto ofreciendo el brazo á su esposa.) Matilde! (Salen ambos por la derecha.)

ESCENA VIII.

RICARDO, despues FEDERICO.

RIC. Estabas en el secreto y no me lo habias dado á conocer? Muy bien, señor marido, tu consejo ha venido muy á tiempo, y asi podré obrar con mas cautela. Matilde es una de esas mujeres cuya sola vista nos inflama, y no he de ser yo el que se vuelva atrás ante los primeros obstáculos. Mi matrimonio con Enriqueta me va á hacer dueño de una fortuna inmensa, y podré satisfacer á todos mis acreedores, que no dejan de molestarme un solo momento. Algo apurada es mi situacion, y si alguno llegara á descubrir... Por fortuna nadie sabe nada en esta casa y puedo vivir tranquilo.

FEDER. (Entrando por el fondo.) Aun está aquí este hombre?

RIC. (Ap.) Hé aquí un títere que me empalaga! (Alto.) Me alegro encontrar á usted, amigo Federico; tenia que hacerle un encargo.

FEDER. Usted dirá, señor marqués.

RIC. Quisiera que escribiera usted alguna cosa para celebrar la union de Enriqueta...

FEDER. Lo siento mucho, pero me es de todo punto imposible complacer á usted.

RIC. ¿Acaso no halla usted el motivo apropósito para un epitalamio?

FEDER. No es por eso; los motivos que me impiden hacerlo son mas poderosos...

RIC. Sepamos entonces...

FEDER. El señor marqués, me permitirá que los calle; bástele saber que son muy poderosos y que solo una cosa haria variar mi resolucion. Beso á usted la mano. (*Va á salir por la derecha, y al ver á Matilde se detiene.*)

ESCENA IX.

MATILDE, RICARDO, FEDERICO.

FEDER. (*Á Matilde.*) Usted aquí?
MAT. Como me dijo usted que volveria...
FEDER. ¿Y Enriqueta?
MAT. No la he visto; necesito sus auxilios.
FEDER. Mande usted lo que quiera.
MAT. Ah! aquí viene...

ESCENA X.

DICHOS y ENRIQUETA por la izquierda.

ENR. (*Con un papel en la mano.*) Á fé que estos ya son otra cosa. Hola! ustedes por aquí? Adios, marqués.
MAT. (*Ap.*) Le llama marqués!
ENR. Mira, Matilde, he encontrado en mi tocador unos versos preciosos.
RIC. (*Ap.*) Los mios.
MAT. Á ver, á ver. (*Ap.*) Serán de Federico.
FEDER. (*Ap.*) Versos! quién podrá escribirla?
RIC. Léalos usted y juzgaremos.
MAT. (*Ap.*) Y se hablan de usted.
ENR. No, no, luego los leerá usted.
FEDER. (*Ap.*) Todo para él y yo...
ENR. No me parecen del todo mal; pero al fin versos. (*Los deja sobre una mesa y los coge Federico.*) Si vieras qué bonito es el último figurin del *Journal des demoisselles*. Oh! es una cosa admirable! Ya he mandado que me traigan de Paris telas iguales; aquí las que hay valen tan poco...

MAT. Pero, Enriqueta, ¿has de ser siempre la misma? ¿no has de olvidar ni un momento ese deseo que te domina?

ENR. ¡Qué fastidiosa estás hoy! ¿Si habrás creido que voy á vestirme como las pobres que hemos visitado esta mañana?

MAT. No llevaban tus elegantes trajes, es cierto, pero tenian fé en el pecho, alegria en el corazon.

ENR. Dale! (Ap.) Y tiene razon! mostraban estar contentas con su suerte... pero...

FEDER. Jesus! qué versos mas detestables! Y á estos disparates llamaba usted?...

RIC. Cómo! esos versos...

FEDER. Son malísimos! cualquier ciego los escribiria mejores.

RIC. Eso no puede ser! los he escrito yo y creo...

FEDER. Ah! usted...

ENR. Federico!

RIC. Podia usted al menos haber mirado...

FEDER. No creo que sea ofenderle á usted; estos serán los primeros que ha escrito y no tiene nada de particular...

RIC. Señor mio, esas palabras...

ENR. Basta ya! (Á Federico.) ¿Olvida usted el sitio en que se encuentra?

FEDER. Enriqueta!

ENR. Esa falta es imperdonable y espero que no volverá usted á poner los pies en esta casa. El señor marqués será esta noche mi esposo, y habiéndole faltado á él, me falta usted á mí. Salga usted.

MAT. Amiga mia!

ENR. Cállate, Matilde!

FEDER. Déjela usted, no necesito su perdon, ni nunca me arrojaria á sus pies para pedírselo. Me despide de su casa como podria hacerlo con un cualquiera; dia ha de llegar en que llore esta despedida. Gracias, Enriqueta, gracias, no podia esperar eso de usted. Oh! no hay duda que el mundo elegante la aplaudirá á usted si esto se sabe. Despedir asi á un jóven que ha faltado á todo! En cambio otro hombre que le está faltando continuamen-

te á la mejor de sus amigas, es bien recibido y aun está usted dispuesta á defenderle. Es claro! lleva un título y una nobleza... heredada, y para usted basta con eso. La verdadera amistad es un sarcasmo en esta casa. Siga usted, siga esa senda para la que tan propicia se muestra desde el primer paso, y quiera Dios que algun dia no tenga usted que arrepentirse de lo que hoy ha hecho. Matilde, hasta luego. (Sale por el fondo.)

ESCENA XI.

MATILDE, ENRIQUETA y RICARDO.

ENR. Marqués, y usted permite que ese hombre?...

RIC. Oh! descuide usted, que antes de mucho...

MAT. Qué va usted á hacer? Por favor, caballero.

ENR. Matilde! recuerda que estás en mi casa.

MAT. (Ap.) Oh! Dios mio! esto es horrible!

RIC. Yo sabré castigar al insolente.

MAT. (Interponiéndose.) Ah! señor Marqués! deténgase usted... Federico no supo lo que se decia... Por piedad!

ENR. Matilde!

MAT. (Ap.) Tiene razon, yo no puedo prohibirle...

RIC. Hasta luego, Enriqueta. (Ap.) No tardaré. (Sale por el fondo.)

ESCENA XII.

MATILDE, ENRIQUETA.

MAT. Enriqueta! Enriqueta! ¿qué has hecho? ¿No has pensado que Federico es uno de los mejores amigos de tu padre, que ha sido tu compañero de la nfancia, que os quiere con toda su alma, y que esta accion podrá costarle la vida? Mira bien lo que has hecho, míralo, que aun estás á tiempo de repararlo todo.

ENR. (Ap.) No sé por qué me hacen daño las palabras de

Matilde... Quiera Dios que algun dia no se arrepienta usted, me ha dicho Federico...

MAT. El desgraciado jóven no ha querido ofender á tu futuro esposo. Oh! nada de eso; él creia que en el seno de la confianza, de la amistad, podia decir que esos versos eran malos, pero no ha pretendido injuriarte. Federico te ama mucho, Enriqueta, para que nunca se hubiera atrevido á ofenderte; te ama muchísimo, sí, demasiado tal vez...

ENR. (Ap.) Me ama muchísimo.. Y qué conseguirá con eso?... Nada, el desprecio del mundo... Un pobre periodista! (Alto.) Matilde, tus palabras por mas que comprenda que las dicta tu amistad, me son enojosas. Te he rogado que no te mezclaras en mis asuntos, que te limitaras á ser simplemente mi amiga, y tus palabras, tus acciones, me podrian obligar á mostrarme contigo de una manera que no dejaria de disgustarte. Piensa bien lo que haces y arregla mejor tu conducta. (Váse izquierda.)

ESCENA XIII.

MATILDE y RICARDO, por el fondo.

MAT. Que arregle mejor mi conducta! ¿qué ha querido decir? ¿Acaso trata de despedirme de su casa? No, no es posible; Enriqueta no puede llegar hasta ese estremo; no es tan mala, Dios mio, no es tan mala!

RIC. (Ap.) Me figuré encontrarla sola y no me equivoqué!

MAT. Ah! marqués! y Federico?

RIC. No le he podido encontrar. Salió de la casa y nadie sabe adonde ha ido.

MAT. Oh! cuánto me alegro! ¿usted no tratará de buscarle, usted no querrá hacerle desgraciado para siempre?

RIC. Desgraciado! por qué? No sabia lo que podia resultarle de sus imprudentes palabras?

MAT. No, marqués, no, Federico no ha querido ofender á usted: su pasion le engaña.

RIC. Su pasion. ¿Acaso ama á Enriqueta?

MAT. Amarla?... Sí, hora es ya de que usted lo sepa todo. Ama á Enriqueta desde niño, la adora con todo el fuego de su corazon.

RIC. Entonces, su amor es un motivo mas...

MAT. No, por Dios, marqués, déjele usted; Enriqueta será hoy su esposa y entonces...

RIC. Pues bien, Matilde, favor por favor. Ámeme usted como yo la amo y Federico...

MAT. Qué infame es usted!

RIC. Llámeme usted como quiera, pero no por eso se estinguirá el amor que por usted siento, no por eso podrá usted impedirme... (Se acerca á Matilde á tiempo que sale Jerónimo y le detiene cogiéndole por el cuello de la levira.)

ESCENA XIV.

DICHOS, JERÓNIMO por la derecha.

JERÓN. Miserable!

MAT. Ah¡ mi esposo!

JERÓN. Piensa usted que impunemente puede burlarse de mí? Oh! de rodillas ante la mujer que ha pretendido usted ultrajar, ante la virtud misma que ha querido escarnecer...

RIC. Caballero!

JERÓN. Silencio! y pídala usted perdon.

MAT. Jerónimo, por Dios!

JERÓN. Matilde, tu buen corazon acaso le podria perdonar, mi honra necesita una satisfaccion.

RIC. Y piensa usted que yo?...

JERÓN. Pienso que usted me la dará cumplida, pienso que si se agota mi paciencia, no como á caballero, sino como á villano, como á lo que es, tendré que tratarle.

RIC. Ese lenguaje...

JERÓN. Es el que á usted le conviene. ¿Cree usted que ignoraba sus malvadas intenciones? ¿Cree usted que he espiado sus pasos dia tras dia para dejarle marchar tranquila-

mente, para dejarle publicar por todas partes que el marido inocente no ha vuelto por su honra que usted pretendia mancillar? Oh! se ha equivocado usted, y antes de mucho...

RIC. Cuando usted quiera...

MAT. Jerónimo!

JERÓN. No saldrá usted de aquí sin que Enriqueta lo sepa todo, sin que la que va á ser su esposa conozca su conducta execrable.

MAT. Ah! qué vas á hacer?

JERÓN. Dejáme, Matilde, bastante tiempo he sufrido, pero hoy, hoy se ha agotado ya el cáliz, hoy no puedo resistir mas. Déjame, que lo sepa todo y sálvese ella al menos. (Atraviesa la escena y dice llamando á la puerta izquierda.) Enriqueta!

RIC. Oh! esto no ha de quedar así.

ESCENA XV.

DICHOS y ENRIQUETA.

ENR. ¿Quién grita en mi casa de ese modo? Ah! es usted, Jerónimo?

JERÓN. Sí, yo soy, Enriqueta, yo que necesito hablar con usted antes de salir tal vez para siempre de esta casa.

ENR. Cómo! explíquese usted. No comprendo por qué Matilde está triste, llorosa; por qué el marqués le mira á usted de una manera tan estraña, por qué usted mismo....

JERÓN. Es muy fácil, Enriqueta. (Con calma.) Este miserable!... (Señalando á Ricardo.)

ENR. ¿Qué ha dicho usted, Jerónimo?

JERÓN. Qué he dicho? Lo que repetiré mil veces. Ese hombre, ese que ha de ser esta noche su esposo... es un miserable. Sí, un miserable, que abusando de la confianza que tiene en esta casa, ha pretendido...

MAT. Esposo mio ¡Oh! por favor... Calla! calla!

JERÓN. Callar! no, no es posible ya! Ahí le tiene usted, Enriqueta, cásese usted y Dios los haga muy dichosos...

RIC. Esas palabras...

JERÓN. Encierran demasiada hiel, es cierto, la hiel de un sufrimiento comprimido, la hiel de un tormento contínuo...

MAT. Jerónimo!

JERÓN. Basta, Matilde, deja que gocen de su triunfo; nosotros vámonos de aqui: esta atmósfera me hace daño.

MAT. (Quiere dirigirse hácia Enriqueta, pero al notar un gesto imperioso de su marido que le señala la puerta, murmura llorando y dirigiéndose á ella.) Enriqueta... adios!

JERÓN. (Despues de dirigir una mirada de desprecio á Enriqueta dice acercándose á Ricardo.) Señor marqués... hasta luego! (Se reune con su esposa y ambos salen por el fondo. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

D. GERVASIO al fondo figurando hablar con un criado.

GERV. En cuanto llegue, aunque no haya vuelto don Constantino, le haceis subir y le decis que necesito hablarle. (Avanzando al proscenio.) Así es mejor, porque de otro modo nunca querrá poner los pies en esta casa. Es claro! Le debió hablar la señorita con un tono tan subido... Al fin y al cabo, el amo aun le aprecia y no sé para qué le habrá llamado. ¡Hay tal anarquia, que nadie se entiende! Pero si no me equivoco, aquí está ya. Adelante, adelante, señorito, estoy yo solo.

ESCENA II.

DON GERVASIO, FEDERICO por el fondo.

FEDER. Buenos dias, don Gervasio.
GERV. Pase usted sin cuidado, la señorita Enriqueta no le verá á usted.

FEDER. No es á la señorita á quien temo encontrar; es que me da vergüenza entrar aquí.

GERV. Sí, lo comprendo, pero cuando don Constantino le ha llamado, sus razones tendrá.

FEDER. Verdad es que no me explico lo que significa su carta. Él sabrá sin duda lo que ayer ocurrió aquí, y estando ya casada su hija...

GERV. Casada! quién se lo ha dicho á usted?

FEDER. ¿No iba á tener lugar anoche ese matrimonio?

GERV. Así estaba anunciado, pero ocurrieron tantas cosas...

FEDER. Explíqueme usted...

GERV. Sí, sí, que á usted tambien le interesa. Despues de haberse despedido don Jerónimo, la señorita Enriqueta tuvo una larga conferencia con el marquesito; este debió salir muy disgustado, porque me encontró en la escalera y en vez de saludarme como solia hacer otras veces, me soltó un bufido y siguió bajando precipitadamente. Á la hora de la ceremonia, cuando ya estaba todo dispuesto, y los convidados esperaban, se notó la ausencia del novio. Se le buscó por todos lados, y á última hora se supo que un inspector de vigilancia habia estado en su casa, y no encontrándole se apoderó de algunos papeles que guardaba en una cartera. Esto dió que sospechar, y la señorita se encerró en su cuarto y aun no ha salido de él. Don Constantino le anda buscando toda la mañana, pero á estas horas nada se sabe todavia.

FEDER. Eso me pone en cuidado; Jerónimo y él tenian una cuestion pendiente.

GERV. Sí, pero don Jerónimo le ha estado esperando en su casa y tampoco le ha visto.

FEDER. ¿Y usted no sabe qué quiere el señor de Vazquez?

GERV. No me ha dicho nada; me entregó la carta para usted y se marchó en seguida.

FEDER. Y Enriqueta, ¿qué piensa de esa fuga?

GERV. Pensar? qué sé yo: no ha querido abrir á nadie, ni aun á su mismo padre; pero yo que peco algo de curioso,

he mirado algunas veces por el ojo de la llave...

FEDER. ¿Y qué ha visto usted, don Gervasio?

GERV. Por de pronto, la he oido quejarse, sollozar, y luego me ha parecido ver correr algunas lágrimas por sus mejillas, en tanto que parecia leer un carta.

FEDER. ¿Y no ha visto usted mas?

GERV. No señor, y aun eso me ha parecido mucho; pero yo le estoy distrayendo á usted con mi charla, y el señor tal vez esté ya en su despacho. Vaya usted, vaya usted á ver lo que quiere.

FEDER. Hasta luego, don Gervasio. (Sale por la derecha.)

ESCENA III.

D. GERVASIO, MATILDE.

GERV. Quién habia de decir que la señorita se portaria tan mal con don Federico, cuando los dos son compañeros de la infancia? Vamos, si hay cosas incomprensibles! (Viendo á Matilde que entra por el fondo.) Hola! que es esto? usted por aquí, doña Matilde?

MAT. Calle usted por Dios, don Gervasio: he venido sin que mi esposo lo supiera, y como aun no hemos dejado la casa en que vivimos, que está tan cerca, temo que algun criado que me vea...

GERV. No hay cuidado, señora, hoy todos estan atortolados en esta casa: el mismo don Federico...

MAT. Cómo! acaso Federico ha puesto los pies aquí?

GERV. Sí, señora, don Constantino le escribió esta mañana, y tales serán las razones que le habrá dado para obligarle á venir, á pesar de la obstinacion que él naturalmente debia tener, que en el despacho se encuentra ya.

MAT. Y no ha visto usted la carta?

GERV. No; la ha nombrado como por casualidad, y por mas que he pretendido...

MAT. Algo grave debe ocurrir cuando Federico se ha olvidado de las injurias que le hicieron ayer en esta misma

habitacion, y ha venido tan pronto á ver á don Constantino. ¿No se sabe nada del marqués?

GERV. No, señora, y me extraña, porque es ya bastante tarde, y despues de tanto buscarle...

MAT. Acaso alguna desgracia...

GERV. No le disculpe usted, doña Matilde, porque ¡qué caramba! todos los pillos tienen suerte, y él al fin y al cabo...

MAT. No, don Gervasio, no porque nos haya hecho tanto daño debemos insultarle, al contrario, debemos tenderle una mano de amigos.

GERV. Qué buena es usted! Si la señorita Enriqueta tuviera ese corazon, no hubiera ocurrido nada de esto, pero el suyo...

MAT. Infeliz!

GERV. Sí, sí, compadézcala usted, que lo merece. Á fé que si estuviera en mi mano, si fuera yo su padre, ya seria feliz; pero los que son ricos se creen que con el dinero se compra la felicidad, y se engañan.

MAT. Ese ha sido el error que ha perdido á Enriqueta; ese es el error que hace desgraciadas á muchas infelices.

GERV. Tiene usted razon; si yo fuera rico, habia de repartir mi dinero entre los pobres, y quién sabe si asi seria mas feliz que gastándole yo.

MAT. Sí lo seria usted, don Gervasio, porque esa es la verdadera felicidad.

GERV. No, lo que es yo no habia de pasar muchos cuidados por mi dinero, porque tendria muy poco en casa. ¡Hay tantos á quienes hace falta!

MAT. No hablemos de eso, don Gervasio, me estoy distrayendo y puede notar Jerónimo mi ausencia.

GERV. Todo podria ser, pero su esposo de usted nunca llegaria á tener desconfianza...

MAT. Eso no, pero si supiera que estoy aquí... ¿Dónde está Federico?

GERV. Si ha vuelto ya don Contantino estará en su despacho, si no... (Mirando hácia la derecha.) Pero, mírele usted; aquí viene.

MAT. Entonces, hágame usted el favor de dejarme sola con él.

GERV. Cómo favor? no faltaba mas. Cuando usted me necesite, en la antesala espero. (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

MATILDE, FEDERICO.

FEDER. Matilde!

MAT. Se admira usted de verme aquí? Mas debiera admirarme yo, y sin embargo...

FEDER. Á mí me obligan á venir, me obliga el agradecimiento.

MAT. Por eso vengo yo tambien; pero usted busca á Vazquez...

FEDER. Y usted á su hija.

MAT. Sí, y mientras que usted viene porque le llaman, yo vengo porque...

FEDER. Porque es usted una santa, Matilde.

MAT. No diga usted eso, amigo mio; diga usted mas bien que soy una terca que me he empeñado en conseguir una cosa, y hasta que la logre...

FEDER. Y la logrará usted; me lo dice el corazon. ¿Ya sabrá usted por don Gervasio lo que ha ocurrido anoche?

MAT. Lo sabia antes y por eso he venido, porque si usted me ayúdase...

FEDER. ¿Yo, Matilde? ¿yo ayudar á usted?

MAT. Sí, amigo mio, como antes.

FEDER. Antes podia, pero ahora... me es imposible.

MAT. Imposible! ¿y por qué?

FEDER. ¿No recuerda usted lo que me dijo Enriqueta? ¿No recuerda usted que me echó ignominiosamente de esta casa?

MAT. Ah! tiene usted razon.

FEDER. Por eso decia que no me era posible ayudar á usted.

MAT. Entonces yo sola lucharé; pero lucharé hasta que haya agotado todas mis fuerzas, hasta que no pueda mas.

FEDER. ¡Quiera Dios que consiga usted triunfar! Ahora la dejo á usted porque tal vez salga Enriqueta, y no quiero que me encuentre aquí. Vuelvo al despacho de don Constantino.

MAT. Adios, Federico. (Sale Federico por la derecha.)

ESCENA V.

MATILDE, ENRIQUETA.

MAT. No sé por qué, tengo miedo de estar en esta casa. El corazon se me oprime, y es que me falta algo; me falta la atmósfera de felicidad que se respira en mi casa, me falta... (Viendo á Enriqueta.) Ah! Enriqueta.

ENR. (Sale por la izquierda. Su rostro pálido y sus ojos llorosos, dan á conocer que ha pasado una noche de insomnio. Está mas decaida, y solo de vez en cuando se anima con el orgullo que antes demostraba; su traje es sumamente sencillo, si bien de buen gusto y bastante elegante.) Matilde! tú aquí? tú en mi casa?

MAT. Perdóname, Enriqueta, si me he atrevido de nuevo á pisar estas habitaciones, donde no debí nunca haber entrado; perdóname si por locura tal vez, te he hecho desgraciada, perdóname todo el mal que haya podido hacerte, pero... te amo tanto!

ENR. ¿Que te perdone? Mucho me estraña que me digas eso, muchísimo; porque ayer, cuando tu esposo, faltando á todas las consideraciones sociales, dijo delante de mí lo que nunca debió salir de sus labios, te vi, en vez de reparar las ofensas que me hacia, alentarle quizás á que las dijera mayores, y cuando la que se llama amiga mia obra de esa manera...

MAT. Eso no, Enriqueta: si hubo un dia en que pobre y sin amparo en el colegio, fuiste tú mi mejor compañera; si hubo un dia en que nuestros gustos y nuestras inclinaciones eran las mismas, en que nos amabamos como hermanas, por la memoria de aquel tiempo tan dichoso, puedo jurarte que tambien te amo ahora como te amaba entonces.

ENR. No lo dudo, pero antes de volver á verte era feliz, y ahora todo lo que me rodea lo encuentro triste, y aun yo misma creo estarlo.

MAT. Ah! qué egoista eres, Enriqueta! ¿Piensas que yo me he introducido en tu casa tan solo para hacerte desgraciada? Ah! no, nada de eso. Habia contraido contigo una deuda inmensa, una deuda del corazon, y al querértela pagar, no me he encontrado con fuerzas, he luchado y al fin he sucumbido.

ENR. Mal se avienen tus palabras con la conducta que obserbaste ayer.

MAT. ¿Mi conducta? ¿Y quieres que te diga lo que mi esposo no quiso confiarte? ¿Quieres que amargue mas tu corazon con otro dolor, con un nuevo veneno? No, no, tú no necesitas, no debes saberlo.

ENR. Habla, Matilde!

MAT. Que hable? ¿quieres que hable? Pues bien, lo sabrás todo. Ricardo, el hombre que debia ser ya tu esposo, el que te juraria quizás una pasion sin límites...

ENR. Concluye!

MAT. Me declaró ayer la pasion que por mí sentia; pasion que es criminal por todos conceptos.

ENR. (Cayendo anonadada en una butaca.) Ah!

MAT. ¿Te ha horrorizado su conducta? ¿Conoces ahora por qué mi esposo habló de aquella manera? Enriqueta, Enriqueta, abre los ojos, mira lo que vas á hacer, y luego... luego, dime si ese hombre es digno de ser tu esposo.

ENR. (Ap.) No sé qué estraño fuego se ha apoderado de mí; siento un peso en el corazon...

MAT. (Ap.) Oh! Dios mio! Si pudiera convencerla. (Viendo una carta que debió sacar Enriqueta y que deja caer al suelo cuando se sienta.) Ah! mi carta! (Leyendo rápidamente.) «Todas nuestras compañeras, Eulalia, Margarita, Elisa...» (Ap. dejando de leer.) Ah! Elisa! sí, sí; su historia la conmoverá. (Alto y dirigiéndose á Enriqueta.) ¿Te acuerdas de Elisa, nuestra condiscípula, tan engreida con su her-

mosura y sus millones? Te acuerdas cuánto cuidado ponia en el arreglo de su prendido ó en el descote de su traje? ¿Te acuerdas, Enriqueta?

ENR. Elisa!

MAT. Pues bien, Elisa quiso aumentar sus rentas, quiso tener un título, llevar escudos de nobleza en las portezuelas de sus coches, y se casó con un hombre riquísimo, con un marqués que la ofrecia sus pergaminos, porque Elisa era muy bella, que la daba su mano, no porque la amase, sino porque su hermosura le habia fascinado, le habia aturdido. Aquel hombre se cansó bien pronto de ella: sola, abandonada y hermosa, sin que su marido la celase, Elisa malgastó primero sus rentas, quiso sostener todavia el escandaloso lujo que la ponia á la cabeza de la sociedad madrileña, y se entregó despues á una pasion criminal, echándose en brazos de otro hombre que gastaba con ella sus millones. Un dia, el marido que se cansara de ella, el título que la habia abandonado, recordó que aquella mujer era su esposa, pero que era la esposa criminal, no la esposa mártir.

ENR. Matilde, por piedad!

MAT. Y el esposo, ofendido en lo mas sagrado para él, en su honra, castigó á la culpable, y hoy Elisa yace en un cementerio, sin ostentacion, sin pompa, sin que el mundo sepa que allí está enterrada la que un dia causara su asombro por su belleza, y lo que es peor aun, Enriqueta, sin que un esposo desconsolado llore ante su tumba, sin que un hijo dirija al cielo su oracion y recuerde su nombre para bendecirle.

ENR. ¿Es eso cierto? Elisa...

MAT. Sí, Enriqueta; nuestra amiga ha muerto.

ENR. Muerto!

MAT. Sí, la mató su esposo.

ENR. Oh! eso es horrible!

MAT. Horrible es, Enriqueta; pero aprende en Elisa lo que tal vez te suceda á tí.

ENR. Matilde! olvidas que te he prohibido hablarme de ese modo?

MAT. (Ap.) Ah! no tiene corazon.

ENR. Déjame, quiero estar sola: si tu marido te encontrase aquí...

MAT. Mi esposo no vendrá nunca á tu casa, y yo...

ENR. Adios! (Señalándole la puerta.)

MAT. (Ap. al salir por el fondo.) Oh! qué vergüenza, Dios mio!

ESCENA VI.

ENRIQUETA.

ENR. Qué fastidiosa está Matilde cuando se empeña en sermonearme! Y sin embargo, parece estar muy segura de lo que dice... ¿Será verdad que yo no soy buena? ¿Para qué contarme esa historia? Bah! temores, tonterias... Ah! quién viene?...

ESCENA VII.

ENRIQUETA, FEDERICO, por la derecha.

FEDER. Enriqueta!

ENR. (Ap.) Federico aquí! Quién sabe si su venida...

FEDER. Señorita, usted dispensará mi atrevimiento, pero su señor padre...

ENR. (Ap.) Si yo me atreviese!... (Alto.) Dispensarle? y por qué?

FEDER. Creia que estándome prohibida la entrada en esta casa...

ENR. Nada de eso... yo espero... Mis palabras de ayer... (Ap.) Probaré primero, y si acaso fuese cierto que me ama...

FEDER. (Ap.) Qué significa esto?

ENR. Ayer obré muy mal y... Pero usted será tan amable que me dispensará...

FEDER. Yo dispensar á usted...

ENR. Sí, sí, usted me perdona y ha terminado el asunto. Papá le quiere á usted mucho para que nosotros podamos estar reñidos. Siéntese usted y hablaremos como dos buenos amigos.

FEDER. (Ap. al sentarse.) Que me siente? Oh! no comprendo...

ENR. Digo como buenos amigos, porque tenemos que hablar de cosas que tal vez le interesen á usted.

FEDER. Si usted no se esplica, nunca llegaré á entender...

ENR. Oh! sí, desde luego. (Ap.) Siento una cosa aquí... sí, debe ser en el corazon, y una alegria que no habia sentido nunca, y ahora me parece... qué sé yo...

FEDER. (Ap.) ¿Qué querrá decirme?

ENR. Usted, Federico... no... no ha amado nunca? (Ap.) No sé como decírselo.

FEDER. ¿Que si he amado? ¿Y es usted, Enriqueta, la que me hace esa pregunta?

ENR. No se incomode usted, porque como hasta hoy no habiamos hablado nunca con tanta confianza... (Ap.) Jesus! y qué dificil es esto! Con el marqués al menos...

FEDER. Pues, sí, Enriqueta, amo mucho, muchísimo, tal vez demasiado.

ENR. (Ap.) Demasiado! Acaso no soy digna de su amor! Fátuo! si se habrá creido que soy alguna chiquilla? Y sin embargo, sus palabras... ¿Acaso mi corazon?...

FEDER. Pero mi amor no tiene esperanza.

ENR. ¿Que no tiene espe...? (Ap.) Verdad es! él sabe que me voy á casar con el marqués, pero no obstante, aun... quién sabe... (Alto.) ¿Conque, dice usted que no tiene esperanza?

FEDER. Ninguna, Enriqueta, ninguna.

ENR. Pues yo me atreveria... casi, casi estaria por asegurar... (Ap.) Pobre Federico, yo no sé lo que siento... Verdad es, que es mejor que el Marqués... Y luego es amigo de la infancia... y aunque es pobre... (Alto.) Sí, Federico, casi, casi...

FEDER. Ah! concluya usted!...

ENR. Hola! parece que le gusta á usted la conversacion? Hace tanto tiempo que no hablabamos así...

FEDER. Enriqueta, por piedad, no me haga usted entrever el cielo, para luego dejarme caer en la horrible realidad.

ENR. No se haga usted ilusiones, que yo no he dicho... (Ap.) Y sin embargo, de buena gana...

FEDER. (Ap.) En qué pensará?

ENR. (Ap.) Voy á llamar á Matilde, y delante de ella... Siempre me ha aconsejado bien, y ahora. .

FED. (Ap.) Apenas puedo creer lo que pasa, y á lo que parece...

ENR. Oiga usted, Federico; si usted fuese tan amable que me quisiera hacer un favor...

FED. Oh! con mucho gusto; diga usted.

ENR. Pues bien, quisiera... ya vé usted, podria mandar un criado, pero á veces... ¿Quiere usted ir á buscar á Matilde?

FED. ¿Á Matilde? Sí, Enriqueta, en un vuelo. (Ap.) ¿Habrá cambiado, Dios mio?

ENR. Dígala usted que... que necesito hablarla, que se venga como esté, de cualquier modo.

FED. Oh! sí, voy volando. (Sale por el fondo.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA y D. GERVASIO.

ENR. Qué bueno es! Á pesar de lo dura que me mostré ayer con él, no ha parecido darse por ofendido, y al contrario, á una simple indicacion mia... Tonta de mí, que no le habia conocido hasta ahora!... Y me ama!... Vaya si me ama! (Viendo á D Gervasio que atraviesa la escena dirigiéndose á la puerta derecha.) Don Gervasio!

GERV. Señorita!

ENR. ¿Trae usted los periódicos de hoy?

GERV. Sí, señorita, los llevaba al gabinete.

ENR. No, dejélos ahí, y hágame usted el favor de decirle

á papá que necesito hablarle.

GERV. Está muy bien, señorita. (*Ap. al salir por la derecha.*) ¿Qué quiere decir esto?

ESCENA IX.

ENRIQUETA.

Qué tranquila estoy! Federico me ha perdonado ya mi imprudencia de ayer, y ahora Matilde y yo quedaremos como antes, como dos buenas amigas. Federico me quiere mucho, es cierto, porque al fin y al cabo desde niños hemos estado siempre juntos... Pero ¿podria yo casarme con él? ¿Por qué no? Él me ama... no tiene mucho sueldo, pero su porvenir es grande, y con mi dote... ¡Qué felices seriamos! Verdad que no podria llevar escudos de nobleza. Porque él no los tiene, pero su corazon, sí, su corazon es noble. ¡Si no tuviera papá empeñada su palabra con el marqués! Decia Matilde, que me acordase de la historia de Elisa antes de llevar á cabo mi matrimonio .. ¡Pobre Elisa! no tener quien la llore, no haber en el mundo una persona bastante querida que bendiga su memoria, que rece por su alma... Esto es muy triste .. si; demasiado triste por desgracia. Pero ¿á qué afligirme por eso? ¿No amo yo á Ricardo? ¿No me ama él á mí? Sí, sí, seremos muy felices. Un casamiento sin amor debe tener tan pocos atractivos... aunque lo anuncien los periódicos... Dentro de pocos dias... Veamos lo que dicen hoy (*Leyendo.*) «Anoche se habló mucho del arresto de un pájaro de cuenta, que tomando el título de marqués, habia logrado introducirse entre lo mas selecto y escogido de la sociedad madrileña, y que vivia á costa de algunos infelices, á quienes embaucaba con su charlataneria.» —Tontos! por qué se dejaban engañar? Una persona decente se conoce á la legua. «Segun se dice de público, en el momento mismo en que fué detenido, se prepa-

raba para recibir la bendicion nupcial, siendo la contrayente, la señorita...» Cómo! qué dice aquí? No, esto no puede ser!... Es imposible! Pero... no, bien claro lo dice. «La señorita doña Enriqueta Vazquez.» Oh! qué infamia! Qué infeliz hubiera sido si ese hombre... Bien me lo decia Matilde, bien me lo decia tambien mi corazon! Corro á decírselo á papá, y quién sabe... Papá! papá!... (Al dirigirse corriendo á la puerta derecha aparece Matilde por el fondo.)

ESCENA X.

ENRIQUETA, MATILDE.

MAT. Enriqueta!
ENR. Espera un momento, amiga mia, ya que todo te lo debo á tí, tú serás la primera en saberlo.
MAT. Esplícate!
ENR. No puedo ahora; voy á hablar con papá y vuelvo en seguida.
MAT. Pero...
ENR. Hasta ahora mismo. (Sale por la derecha.)

ESCENA XI.

MATILDE, JERÓNIMO y FEDERICO.

MAT. ¿Qué ha querido decir? Ya que te lo debo todo, tú serás la primera en saberlo... ¿Acaso se referirá á Federico? ¿Renunciará tal vez á su matrimonio con el marqués? No comprendo el misterio que encierran sus palabras, y sin embargo... (Salen Jerónimo y Federico por el fondo.)
JERÓN. Matilde!
MAT. Ah! mi esposo!
JERÓN. No te habia prohibido entrar en esta casa?
MAT. Sí, Jerónimo, pero Enriqueta me ha mandado llamar;

ha venido el mismo Federico á buscarme y acabo de hablar con ella.

JERÓN. Tú? ¿Tú has hablado con Enriqueta?

FEDER. ¿Qué le ha dicho á usted?

MAT. Nada, solo algunas frases que no he podido comprender.

FEDER. Sin embargo, el haberla llamado á usted, la conversacion que tuvo antes conmigo, y la carta de su papá...

MAT. ¿Y esa carta?

JERÓN. Pero esplíquenme ustedes ¿qué significa todo esto?

MAT. ¿Qué significa? Eso es lo que nos falta saber: eso es lo que hemos venido á averiguar. Y tú, ¿á qué has venido?

JERÓN. Tambien he sido llamado; he recibido una carta de don Constantino.

MAT. Pronto sabremos... Ah! aquí viene don Gervasio...

ESCENA XII.

MATILDE, JERÓNIMO, FEDERICO y D. GERVASIO, que sale por la derecha.

GERV. ¿Ustedes por aquí? Cuánto me alegro! Señor don Jerónimo, precisamente iba á buscarle á usted.

JERÓN. ¿Á mí?

GERV. Sí, sí, no, se sorprenda usted, aunque la cosa es para ello.

JERÓN. Pero, por Dios!...

GERV. Ya, ya voy; no se impacienten ustedes. Mi amo don Constantino me ha llamado para decirme que al fin hay boda.

MAT. ¿Se casa?

GERV. Sí, se casa, pero segun me ha parecido, no es con el marqués.

FEDER. Entonces...

GERV. Ignoro con quién sea, pero antes de mucho lo sabremos.

FEDER. ¿Cuándo, don Gervasio? Sáquenos usted de dudas.

GERV. Si no sé nada, absolutamente nada. Solo sé que á don Jerónimo le ha nombrado el señor su administrador general.

JERÓN. Á quién? á mí?

MAT. ¿Es eso cierto?

GERV. Sí, señora, y muy cierto. El amo cree, no sé por qué razones, que usted no tendrá inconveniente...

JERÓN. Oh! despues de lo que pasó ayer aquí...

GERV. Tambien ha pensado en eso mi amo, pero tambien dice que usted tiene una hija...

MAT. Ah! mi Carolina!...

FEDER. Pero ¿con quién se casa Enriqueta?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ENRIQUETA por la derecha.

ENR. Con quién? Con el hombre que la ama tanto como á su vida, con el pobre periodista, que si no sabe mantener su lujo, sabrá hacer crecer en su corazon todas las virtudes que el suyo tiene: me caso con Federico.

FEDER. Enriqueta!

MAT. ¿Será posible, amiga mia?

ENR. Y tan posible, que desde hoy renuncio al mundo, donde tan engañada he vivido, desde hoy soy toda de mi esposo y para mi esposo.

MAT. ¿Pero este cambio?

ENR. Todo te lo debo á tí, amiga mia; sin tu constancia, sin tus buenos deseos; sin tu amistad verdadera, nada hubiera conseguido Federico, que aunque le hubiese amado, nunca sin tí hubiese despertado mi corazon al amor verdadero.

MAT. Oh! gracias, Dios mio, gracias.

JERÓN. Pero ¿y el marqués?

ENR. El marqués era un caballero de industria que fué preso anoche, y que antes de mucho estará en camino de presidio.

JERÓN. Cómo!

ENR. (Que ha conservado el periódico en la mano, se lo da diciéndole.) Lea usted ese periódico. Ahora, Matilde mia, vivirás

con nosotros; Federico os quiere tambien mucho y no querrá que os separeis de su lado. ¿No es verdad, esposo mio?

FEDER. Oh! sí, Enriqueta; Matilde ha sido nuestro ángel tutelar y no se separará nunca de nosotros.

MAT. Cuán buenos sois los dos!

JERÓN. Mire usted que infame! ¿quién lo habia de creer?

MAT. Siempre encuentra el criminal el castigo de sus faltas.

ENR. Sí, Matilde, y el que es bueno, el que obra siempre bien, encuentra tarde ó temprano su recompensa; ó es feliz en la tierra, ó Dios le da en el cielo el premio á que se ha hecho acreedor. (Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 25 de Abril de 1866.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

SERAFIN, comedia en un acto.
LA HONRADEZ CASTELLANA, drama en un acto.
EL ANUNCIO, juguete cómicò-lírico en un acto.
LÁGRIMAS DE MADRE, comedia en tres actos.



